

XLIV

LA MUERTE

Pero ¿quién ha dicho que yo tengo que morir? ¿Morir? ¿También yo, pues, tendría que dejar de pronto de respirar, de ver, de moverme, de sufrir? ¿Tendría que hacer como los demás? ¿Como todos? Todos los hombres mueren. Muchas gracias. Pero ¿os parece buena razón esa? Muera enhorabuena quien quiera morir: yo soy yo y no soy los demás.

¡Pero no, ea! Aquí debe haber un error, una mala inteligencia colosal. ¿Qué razón habría para que también yo tuviese que desaparecer estúpidamente, como un cualquiera? Pero ¿no sabéis que yo llevo todo el mundo dentro de mí? ¿No sabéis que si me muero ya no existe la lluvia, que cae y tiembla sobre las hojas; el hermoso sol que quema la piel, el prado verde y blanco que hace tropeles de sombras cuando el viento lo desflora, ni el gran cielo azul, ni el buey tranquilo y blanco, ni las vírgenes en medio del oro en el fondo de las iglesias oscuras, ni los cantos maniáticos de las muchachas abandonadas, ni las alegrías que brillan en los escaparates, por la noche, bajo la roja electricidad?

Todo el mundo con sus bellezas y sus horrores, con sus ideas y sus cuerpos; todo el mundo está aquí, en mí, dentro de mí, y sería anulado si yo muriese.

¿Pero cómo? ¿Habré de convertirme como los demás en un cuerpo helado, en una carroña hedionda, en una gusanera, en un puñado de polvo? ¿Es posible que yo imagine de mí una cosa semejante? ¿Puede

darse nunca que el mundo muera de repente conmigo? ¿Es justo que todo lo que llevo en mi cerebro y en mi corazón, todo este infinito pulular de pensamientos y de recuerdos, de imágenes y de afanes, haya de acabar y detenerse para siempre? ¿Cómo puedo imaginar que el mundo siguiera siendo si no lo puedo pensar más que con *mi* pensamiento?

¡Afuera, pues, engañadores insidiosos y malignos, bestias hambrientas de muertos! Yo no puedo morir, no quiero morir, no moriré nunca.

¿Creéis acaso que me importa la vida porque soy feliz bienaventurado, porque estoy contento, lleno de comodidades y de dinero? ¡Ni por sueños! Soy el hombre más desgraciado y miserable del mundo; no tengo amor, no tengo riquezas, no tengo amigos, no soy guapo ni fuerte. He conocido pocas alegrías en el mundo; he gozado rara vez; he llorado frecuentemente; he sufrido casi siempre. Y, con todo, no quiero morir. No, en absoluto; quiero vivir todavía, vivir siempre.

Es inútil que tú me prometas, sacerdote, otras vidas en otros mundos; una vida más bella, más tranquila, más luminosa. No lo creo. No sé nada de tus mundos; no quiero saber nada de tu felicidad. Conozco este mundo, esta tierra, esta vida fea, agitada y tenebrosa, y ésta quiero, ésta deseo, ésta pido para siempre. Quiero precisamente esta vida mía desgraciada, descontentadiza, melancólica, triste; esta mi vida dolorosa. Que yo vea el cielo, aunque sea sólo un pedazo, con tal de que sienta cantar un pájaro por la mañana en primavera; con tal de que yo vea reír a un niño y a una mujer; con tal que pueda escribir alguna palabra para quien bien me quiere; con tal que pueda seguir la inquieta sombra de un árbol sobre el muro blanqueado por la luna de agosto.

## PRECISAMENTE, POR ESO

Es difícil, creo yo, encontrar otro hombre que haya fracasado tan grandemente en toda su vida. No me queda ya nada que perder. Todos los hilos y los puntales que sostienen a los demás están cortados. Los que bajan del cielo (fes y creencias) como los que clavan a la tierra (dogmas y principios). Soy lo último de los círculos del mal; he renunciado, he tenido que renunciar; he abandonado y me han abandonado.

El saber no me basta; los hombres me desagradan; las mujeres, más todavía; la literatura me asquea; la inspiración no acude; la gloria me da náuseas; mi vida es sucia y tediosa; mi cuerpo se deshace, y mi deseo único, primero y profundo, el deseo de la potencia, no es ya ni siquiera un deseo. Todas las tablas de valores se han despedazado en estas contorsiones interiores; toda esperanza se ha descolorido en la obscuridad de estos años; las ansias posibles de salvación no son más que yugos para permanecer apegados a una tierra, a una vida que ya no tiene promesas ni invitaciones. La representación ha terminado; los bastidores han sido arrimados contra la pared, se han apagado las luces, las cantantes se han quitado los trajes de reina y se han marchado en coche, vestidas de negro; los instrumentos están allí abandonados y sin voz junto a

las partituras cerradas, que no volverán a abrirse. La última fiesta ha terminado con la última nota que aun vibra en el aire para dar el tono a este silencio harto vacío. No quedan más que dos caminos: o volverse imbécil del todo o matarse.

Sin embargo, siento todavía dentro de mí un gran deseo de vivir. No quiero morir. Quiero rehacer y comenzar la vida de nuevo. Quiero encontrar otras razones para vivir. Y mejor vivir suspendido en la nada, sin hilos sobre la cabeza, sin puntales tras de los hombros, sin sostenes bajo las axilas; pero vivir, voto a Dios, seguir viviendo, vivir en el pleno sentido de la palabra, vivir con los ojos y con las manos, con el cerebro y con el hígado; vivir todavía diez, veinte, treinta años, mientras sepa conquistarme mi pedazo de pan en el horno del mundo y sepa decir mis palabras en los coros disonantes de los hombres.

No quiero morir ni del todo ni a medias, ni como alma ni como cuerpo. Hay algo más fuerte en mí que todas las derrotas; hay un escollo clavado en medio de mi alma, que resiste a todas las tempestades que le han recubierto en los últimos tiempos. Hay una bestia que quiere comer, hay dos piernas que quieren andar, hay una cabeza que quiere pensar, una mano que quiere escribir. Pero ¿por qué razón? ¿En nombre de qué fe? ¿En vista de qué objetivo? La bestia no lo sabe, la bestia no es intelectual, la bestia no es religiosa, la bestia no comprende nada, pero no quiere darse por vencida. Si las banderas se han abatido, permanecen la murallas; si las palabras no corresponden ya a los hechos, ¡al diablo las palabras y vivan los hechos! El hecho resiste y existe, el hecho es algo irrefutable y dominador, el hecho no quiere morir.

No es la sangre únicamente la que no quiere detenerse. El mismo yo que cerró una por una todas las ventanas sobre lo posible y tuvo que renunciar incluso

a la única que le importaba, a la de lo imposible, no quiere irse. Está en la obscuridad, sin fuerza ni apetitos; pero no quiere suprimirse. Sigue esperando. Sin esperanza, pero espera. Si viene lo peor, lo aceptará; pero no quiere arrojarse allí donde la nada comienza, sin la esperanza del dolor siquiera.

El yo más profundo está todo dolido y martirizado; pero también este martirio le place, porque significa existir, significa contraponerse a algo. Que el destino le persiga de ese modo le da la certidumbre de que hay en él algo que puede ser tomado como blanco, le da la conciencia de su importancia en el universo. Ha descendido hasta el fondo del abismo. Ya no se puede mover: o ha de cavarse la fosa allí mismo, o subir de nuevo hacia la luz. No queda otra cosa que hacer. Y entonces el que era hombre vuelve a salir y empieza el nuevo capítulo.

Pero este nuevo capítulo no se parece absolutamente nada a los demás. Las cosas que he negado, negadas siguen; los sueños abandonados no los reclamo; desprecio hoy asimismo las ambiciones que desprecié; a los hombres que me asquearon también hoy los tengo lejos de mí; los fines que a veces cegaron mis ojos lejos siguen. ¡Pero qué importa! Empieza un nuevo camino, el secreto está hallado. Una última posibilidad de grandeza se me ofrece, y yo no la rechazo. Por ella sola florece de nuevo el desierto en silencio, y vuelven a brillar las pupilas vergonzosas bajo los párpados rojos. Todavía puedo ser un héroe. Tengo necesidad de estimarme para no verme constreñido a aniquilarme, y este *nada* es lo que me salva.

Para mí ya no hay más nada. Soy el nihilista perfecto. Ya no creo en nada. Soy el perfecto escéptico. No creo en nada; soy el ateo completo, definitivo, por entero; el ateo que no se arrodilla ni siquiera ante las creencias laicas, racionales, filosóficas y humanitarias

que han ocupado el lugar de las antiguas fes mitológicas. Sé que nada resultará de nuestros esfuerzos; sé que el fin del todo es la nada; sé que la recompensa de toda obra será el fin de los siglos. La nada y luego nada. Sé que todas nuestras construcciones serán destruidas; que de nuestros incendios no quedarán ni las cenizas; que nuestros ideales, aun logrados y dominados, se hundirán en la eterna obscuridad del olvido y del no ser final. Ninguna, ninguna esperanza tengo en el corazón; ninguna, ninguna promesa puedo hacerme a mí mismo y a los demás; ninguna compensación puedo prever para mis actos; ningún resultado de mis pensamientos. El futuro, este encantador de todos los hombres, esta causa perpetua de todos los efectos, es para mí nada más que la desnuda perspectiva del aniquilamiento.

Y con todo, ante este espantoso espectáculo, ante esta tremenda desesperanza, ante esta carrera hacia el vacío, yo no tuerzo el rostro ni me echo para atrás. Consiento en seguir viviendo. Todo cuanto haga será *inútil*; pero *precisamente por eso* me siento empujado a hacer. La nada — nada de mí mismo, de mi obra, del mundo entero — es el punto de llegada de todos mis esfuerzos, y sin embargo, *precisamente por eso* seguiré esforzándome hasta que la tierra me llame a su obscuro reposo.

Quiero renegar de todo mi pasado utilitario. Todos los hombres buscan una recompensa, un pago por todo lo que hacen. Incluso las acciones que parecen más espirituales — actos de creación, actos de fe, de amor — esperan su validez, exigen antes o después el ser saldados. Nadie hace nada por nada. Incluso las religiones, incluso las artes, incluso las filosofías están fundadas en la ganancia. Las obras humanas — sin excepción — son letras de cambio que necesitan ser pagadas. El vencimiento será más o menos largo — algunas

lo tienen en la otra vida, en el cielo, en los siglos de los siglos—; pero llega el día de las cuentas. Si los hombres supieran de seguro que alguno de sus actos no será presto o tarde remunerado, nadie haría nada. Incluso Dios quiere ser recompensado con las oraciones y con los sacrificios, y está aparte la eterna cárcel del infierno para los malos pagadores.

Yo mismo, en el pasado, fuí el más ávido de estos gananciosos. Quería que me fuese dado todo por poco; que a unos cuantos años de soledad, de rebusca, de ascetismo, fuese dada en pago la eterna omnipotencia. No buscaba el espíritu por el espíritu, sino el espíritu para hacer con él la leva de la materia, el instrumento de toda posesión terrestre.

Pero ahora que todo ha caído a mis ojos, ahora que sólo conozco la insolvencia radical del infinito y la inutilidad de todo trabajo, ahora destruyo en mí al interesado, al utilitario, al rapaz, al judío, y consiento en vivir precisamente porque la vida no tiene estipendio y sigo pensando precisamente porque el pensamiento no puede ser nunca asalariado.

El hombre desesperado encuentra en el fondo mismo de su desesperación la mera base para saltar más alto que el agujero de los quejosos; el ateo que en nada y en nadie tiene fe, ya encuentra en la trágica vacuidad de su espíritu solo, sin dioses de ninguna especie, la fuerza de creer en sí, en el momento actual de sí mismo y del mundo que es suyo. Después de la orgía del dolor sale nuevamente del tormento la posibilidad de la alegría; pues que nada espero, ya no tendré desilusiones, no tendré desconsuelos ante la traición de los hechos.

El hombre *solo*, absolutamente *solo*, absolutamente desnudo, que no pide nada, que no quiere nada, que ha llegado al vértice del desinterés por demasiada perspi-

cia y no ciega renuncia, se vuelve al mundo, desnudo para él como una pradera quemada, como una ciudad devastada; el mundo que ya no tiene iglesia, metas, asilos ni refugios, y le dice: "Aun cuando no me prometas nada, estoy todavía contigo, sigo unido a tu fuerza, trabajo con tu trabajo, te acompaño y te reflejo en tu camino".

Mientras el hombre espera algo del universo es un comerciante que da para recibir, que cambia y regatea, que se irrita si fracasa y se mata si la restitución no ocurre, si no le pagan la letra, si el beneficio es menor que los gastos. Pero el hombre que ha renunciado a toda compensación y trabaja por lo que será deshecho *sabiendo* que será deshecho, es el único hombre digno, verdaderamente digno de habitar serenamente el universo. El sólo es el *noble* frente a los traficantes que lo rodean, aunque éstos hayan escrito en las muestras de sus tiendas los nombres más puros, más ideales y metafísicos.

Hace y no pretende que nadie haga por él; da sabiendo que no recibirá nunca; aspira a las cimas sabiendo que no las alcanzará; ofrécese por entero, y sabe que nadie le pagará su justo precio. Pero en eso consiste precisamente su trágica grandeza; en esto su deshumanidad que lo retiene todavía entre los hombres. Otras glorias le son negadas; no tiene, como los creyentes en la vida, en la Humanidad y en la verdad, consolaciones, promesas y faros que lo sostengan y le hagan menos duro el camino. No puede contar más que con su fuerza, y este sentimiento de ser tan fuerte como para poder prescindir de todo el resto, le llena de amarga, pero sana voluptuosidad. ¿Qué valor hay en vivir cuando se cree firmemente que nuestros ideales se convertirán en realidad; que un paraíso cualquiera, ya sea celestial o terrestre, nos espera para restaurarnos de nuestras penalidades? Pero la verda-

dera nobleza del hombre, su máximo heroísmo consiste en saber vivir incluso cuando se han destruido en él todas las razones de vivir, cuando las vendas y las muletas que hacen posible la vida de todos han sido arrojadas a un lado.

Por esta nobleza, por esta grandeza, por este último y desesperado heroísmo, evito al mismo tiempo la muerte y la mediocridad.

## XLVI

## EL RETORNO A LA TIERRA

Revivo, pues. Pero *solo*, terriblemente *solo*. Yo únicamente, no ya Dios, pero desinteresado como él, si como él no puedo ser dueño. Tengo que rehacer mi vida sobre nuevos disignios, una vida completamente mía, una verdadera vida nueva. No hay una mano que me ayude si alargo la mía en los tropiezos de la subida. La tierra está llena de voces, pero se trata de "buenas muchachas", con las que he almorzado y cenado, pero que ya no me dicen nada. Son para los demás, para los no liberados.

Sin embargo, para reconstituirme, para enderezarme, para ponerme a andar de nuevo, tengo necesidad de apoyarme en algo, de volver a poner las raíces en algún sitio. No tengo más que a mí mismo, pero este "mí mismo" está ligado más estrechamente con una parte del universo. No soy un hombre metafísico y absoluto, suspendido en la atmósfera de los conceptos. He nacido en un lugar cierto, pertenezco a una raza, tengo dentro de mí una historia, una tradición. Recogerme y concentrarme significa volver a ponerme en contacto con mi tierra natal, con mi pueblo, con la cultura de que, lo quiera o no, he salido.

He de empezar otra vez por el principio, renacer: es decir: volver a la primera matriz, no a la de carne

de mi madre, sino a aquella mayor y más verdadera de la patria. Mientras he sido únicamente un maníaco de cerebralismo, mi patria era el mundo y mi librería era las naciones donde encontraba las únicas leyes que respetaba. Pero ahora, que quiero rehacer mis huesos y volver a poner la sangre en movimiento, tengo que volver a las raíces más profundas de mi ser concreto.

Por eso he querido hacer conocimiento con mi país, y al encontrármelo he vuelto a descubrir también mejor mi alma. Los doctores ordenan a algunos enfermos el aire natal. Por un caso feliz, el convaleciente que soy ha vuelto a llenarse el pecho del aire de su pueblo y le ha sentado bien. Mientras estuve ahogado en la universal cultura teórica permanecí hombre de casa y de ciudad. Abandoné el campo, o si fui a él no lo ví, no lo abracé, no lo quise. Pero el rostro de la madre sólo desde lo alto se ve, lejos de los aspectos calcinosos de la ciudad. Lo he hallado ahora de nuevo en lo alto de las montañas, enrojecido por el sol, pálido con la luna, blanqueado por la nieve, refrescado por las flores, arrugado por el viento; nunca viejo, siempre joven, siempre el mismo, con la sonrisa que no engaña.

Es inútil que yo retuerza este dolorido mí mismo para hacer de él un dios de Atenas o un coloso escandinavo. Mientras soy cerebro y nada más que cerebro, converso con el chino, con el profesor alemán y con el ensayista inglés, con el jacobino francés y con el sofista griego. Soy de todos los siglos, comprendo y soy comprendido. Mis palabras son moneda internacional, que gasto en cualquier mercado.

Pero cuando me recojo en mí mismo por completo, alma y cuerpo, cerebro y corazón, y quiero insertarme en una raza y en un siglo, siento que soy precisamente de aquí, y únicamente de aquí y de este tiempo. Haga lo que haga, soy un hombre nacido en Toscana,

entre toscanos, entre paisajes y valores toscanos — un hombre nacido en Toscana en 1881, que ha tenido veinte años el primer año del siglo XX y que escribe en el presente año de 1912. — Soy toscano, no italiano solamente. La verdadera patria de cada cual no es ya el reino o la república a que pertenece. Italia es harto grande para cada italiano; la patria genuina no puede ser sino pequeña. Incluso en Francia, país unificado como ningún otro, el hombre de Bretaña siente al provenzal como extranjero, y el normando y el lo-renés, son normandos y loreneses en el propio corazón de París.

Yo me siento profundamente toscano. Los venecianos o los napolitanos me son extraños; los siento más apartados de mí que a ciertos bárbaros. No estamos bien juntos; siento que no somos hermanos. No basta escribir la misma lengua y ser gobernado por el mismo código para decir que se tiene la misma patria.

Incluso entre los toscanos me siento muchas veces extranjero y lejano. Pero cuando digo Toscana quiero decir antes que nada el país toscano, los montes, los collados, los ríos, los horizontes de este país, que de las rosadas torres de las Apuanas corre hasta acabar allá abajo, en la vasta y solitaria Maremma, entre las grandes cimas del Apenino y el verde respiro del Tirreno. Quiero decir este cielo tan bello hasta cuando es feo, esta palidez hecha de olivos, estas lanzas negras de los cipreses, estos pingües festones de las vides trepando por las colinas, estos valles desolados y pedregosos donde florecen únicamente el cardo azulado y la margarita amarilla.

Y luego entiendo por Toscana los grandes toscanos y su genio. De los padres etruscos, tumbados a guardia en sus tumbas, plácidos y agudos como adivinadores; de los etruscos que trajeron de oriente el amor del futuro y la seguridad del arte; de los etruscos que

enseñaron la civilización a los romanos y circunscribieron en sus confines la que debía ser la Italia más fecunda en grandes, hasta la gallardía de Dante, la sutileza de Maquiavelo, la terribilidad de Miguel-Angel, la curiosidad de Leonardo, la penetración de Galileo. En todos estos hombres se siente el nervio, cierto sentido plebeyo de realismo robusto, la sobriedad, la limpidez, la grandeza sin hinchazón ni énfasis, la austeridad sin beaterías ni rigideces. Hay un genio toscano que es de aquí, con caracteres propios, que se separa de todos los demás genios italianos y forasteros, y con el cual me siento en plena armonía.

Encontrarme a mí mismo significó, pues, encontrar la Toscana en su campo y en su tradición. Na ya los caminos alrededor de Florencia, metidos entre los muros tristes y las verjas de los señores, sino los senderos de los pastores Apeninos arriba, de tú por tú con el cielo, con los bosques a mis pies. No ya las alturas ciudadanas del Vial dei Colli o del Incontro, sino las jorobas de Pratomagno y las cimas del Alpe de la Luna. Me he encontrado una casita oculta y desconocida, que está al mismo tiempo en el corazón y en los confines de mi Toscana. Está junto a las fuentes del Tíber, junto a la selva donde sufrió San Francisco, al castillo donde nació Miguel-Angel, al pueblo donde nació Pier della Francesca. A pocos pasos de mi casa vino, de joven, el Carducci republicano. Y si subo más arriba, entreveo el mar de la Romaña y las alturas de la Umbría.

Sobre este collado pedregoso, donde el viento no encuentra descanso, mi espíritu ha recobrado la calma y se ha recobrado a sí mismo. En este cercado de montes oscuros y agudos, en este prado pobre de flores, de hierbas y sembrado de piedras; a la sombra de estos cerros duros y olvidados, al rumor de este río estrecho y claro, que llegará a Roma sucio y grande; ba-

jo este cielo verdaderamente celeste, transparente y delicado, incluso cuando está esparcido de nubes, he vuelto a sentir el verdadero olor de la tierra, el gusto del aire, el sabor del pan, el justo calor del fuego de leños y sarmientos. La vida me ha reconquistado poco a poco con la belleza de la simplicidad. Me he enlazado de nuevo con mis progenitores campesinos, con los buenos aldeanos plebeyos que guardaron las vacas y segaron el trigo por estos sitios. Me he puesto nuevamente en regla con la antigua familia. A este hijo pródigo que ha comido en todos los banquetes intelectuales de Europa y ha guardado y arreado los cerdos ajenos, le ha preparado su antigua casa un rincón junto al hogar todo negro de humo, y a la mesa de pino, que conoce las amarillas polentas, los jamones salados y los panecillos tostados al horno.

En los primeros tiempos era tal el gusto del nuevo hallazgo, que tenía necesidad de llevar a casa algún pedazo de este país fraterno y paterno, que reconocía y amaba todos los días: un pedrusco puntiagudo como una montaña, una hoja arrancada de una encina, una bellota lisa y bien modelada, un mazo de flores de campo, una de ciprés, una espiga de maíz. Todas estas cosas pobres, simples, toscas, inútiles, sin valor, me proporcionaban un placer extraordinario, sentíalas amigas, hermanas, parte de mí mismo, símbolo de mi tierra y de su tradición.

Entre tanto, al mismo tiempo, volvía a acercarme a la literatura de mis mayores y paisanos. Después de los primeros años de lectura universal y famélica, casi no había vuelto a ellos. Me había embebido de culturas exóticas; casi no había leído libros italianos, y entre los libros había preferido los teóricos a los líricos, los doctrinales a los imaginativos. Pero allí, después del retorno a la patria presente, sentí la necesidad invencible de volver a la patria pasada. Y me re-

léí poco a poco, a la sombra de los olmos y de los abetos, entre el olor de la menta y el viento de la Vernia, los libros que eran míos por derecho de nacimiento y de renacimiento: Dante y Compagni, Boccacio y Sacchetti, Maquiavelo y Redi, Gino Capponi y Giosué Carducci. Aquellos libros que había leído por deber y curiosidad, aquellos libros que me habían aburrido en el colegio y dejado frío fuera de él, que había considerado hasta entonces como retórica literaria o documentos de historia, se me abrían ahora como amigos y hermanos, tomaban un nuevo color, daban otro gusto, se reanimaban con todo su primitivo vigor. Aquellas cosas viejas me rejuvenecían el espíritu. Estos hombres antiguos, sólidos y sin prejuicios, me parecían en algunos aspectos más modernos que yo. Y me sentía de su misma casa, salido de su misma familia, hablaba su misma lengua y podía comprender así mis recuerdos hasta lo que puede parecer más extraño y vulgar a los ojos de los forasteros.

Fué como el viaje de un desterrado al lugar de su bahía. Todo se me apareció de nuevo como por primera vez y me atascó el alma de cosas que parecían nuevas; mas, para las cuales, había el lugar ya hecho y el marco apropiado. Las luchas del infierno, los ríos de luz del cielo, Florencia erizada de torres y de almenas, los jóvenes libidinosos, desvergonzados conquistadores; los vejetes bufones y canallas, los príncipes astutos y varoniles, la natural maldad de los hombres, los movimientos de las estrellas en el infinito y del mosto en las tinajas, la historia de las derrotas y de las esperanzas, el Valdarno y la Maremma, el Casentino y el Mugello, toda la hermosa tierra de Toscana, con los hombres y los jardines, con los cielos y las fuentes, de los tumultos del municipio a los motines del 59, me penetró de nuevo en el corazón y se me pegó a la carne como la madre al hijo esperado que vuelve.

No me conquistaba únicamente la substancia pulposa de aquellos libros, sino, sobre todo, el arte magnífico con que estaban hechos, la maravillosa lengua en que están escritos. Nada de adornos, nada de énfasis, ningún trino inútil, nunca mal gusto alguno ni flaqueza; cosa fuerte, obtenida con poco, toda dibujo y relieve, de bronce y de piedra, y no de miel y chantilly. Grabados profundos, toscos tal vez; pero decisivos, claros y sin una línea de más. La lengua rica, siempre-nueva, viva de agudezas y repliegues expresivos; familiar y plebeya, sin perder por eso solemnidad y majestad. También aquí, como en las montañas del país, aparente pobreza, simplicidad robusta, alegría severa, grandeza y libertad.

La Toscana así rehecha es *mi* Toscana; pero es también la más verdadera y famosa Toscana, no la de los florentinos bastardeados, de los jardines podados o de los escritores comedidos, endulzados y castrados, que del dieciocho acá han desaromizado y traicionado a su patria. Yo, por el contrario, quiero permanecer fiel a esta más grande Toscana, que para rehacerme a mí mismo he tenido que rehacerme desde el momento y el punto en que nací.

Primero estaba en mí el mundo enterò. Después me he encontrado solo y casi sin vida. Para recobrar fuerzas he tenido que restituirme al pedazo de mundo que me era más contiguo y afín. Ora que he mamado de nuevo a los pechos de la primera madre y vuelto a sentir su habla; ora que siento mi cuerpo con nueva sangre y la lengua más suelta, puedo volver a emprender la jornada hacia mi verdadero destino.